



MONOGRAFÍA

Anales de **Literatura Hispanoamericana**

ISSN: 0210-4547

<http://dx.doi.org/10.5209/ALHI.58450>EDICIONES
COMPLUTENSE

El discurso ensayístico hispanoamericano actual, entre lo nacional y lo transnacional

Víctor Barrera Enderle¹

Resumen. Reflexionar sobre el discurso ensayístico hispanoamericano en el momento actual conlleva, de entrada, repensar la historiografía literaria y cuestionar buena parte del instrumental crítico y teórico que se ha utilizado para analizar nuestras literaturas partiendo de la noción misma de literatura nacional. Mi reflexión parte de la idea de que el ensayo, en el caso hispanoamericano, es más una estrategia discursiva que un género literario (de ahí que prefiera utilizar la forma “discurso ensayístico”). El ensayo podría ser una oportunidad para cruzar fronteras metodológicas, disciplinarias y geográficas (una manifestación discursiva de lo transnacional), pero sin perder rigor ni creatividad. El ensayo facilita también pasar del ámbito académico al público, recuperar espacios en la opinión pública, revitalizar la crítica en los medios de comunicación, y establecer nuevas relaciones discursivas entre lo nacional y lo transnacional.

Palabras clave: nación; discurso ensayístico; literatura hispanoamericana; crítica literaria; historiografía literaria.

[en] Contemporary Spanish-American Essayistic Discourse, Between the National and the Transnational

Abstract. Any reflection on the current-day Spanish-American essayistic discourse entails a rethinking of the literary historiography and a questioning of the critical and theoretical framework used in order to analyze national literatures. My reflection sets out from the idea that the essay in Spanish America is more a discursive strategy than a literary genre. The essayistic discourse can be seen as an opportunity to cross methodological, disciplinary and geographical boundaries (a discursive manifestation of the transnational), but without losing rigor nor creativity. I argue that this discourse enables us to pass from the strictly academic to the public realm, to recuperate spaces in the public opinion, to revitalize the critique in the media, and to establish new discursive relations between the national and the transnational.

Keywords: nation; essayistic discourse; Spanish American literature; literary critique; literary historiography.

Sumario. 1. Lo transnacional: definiciones y confrontaciones. 2. El problema pendiente: la historiografía literaria hispanoamericana. 3. Ensayo y nación en Hispanoamérica. 4. Globalización, posnacionalismo y literatura. 5. El ensayo hispanoamericano y su permanente incertidumbre. 6. Tentativa de cierre... por ahora.

¹ Universidad Autónoma de Nuevo León, México.
E-mail: vicbarrera@hotmail.com

Cómo citar: Barrera Enderle, V. (2017) El discurso ensayístico hispanoamericano actual, entre lo nacional y lo transnacional, en *Anales de Literatura Hispanoamericana* 46, 63-74.

1. Lo transnacional: definiciones y confrontaciones

Es un giro propio del ensayo volver la vista y observar todo aquello que le rodea. En realidad, la suya es una mirada doble: la del asunto a tratar, y la de la circunstancia en la que ese esfuerzo se desarrolla. El ensayo, de una manera u otra, termina por colocarse ante el espejo, pero lo que éste le proyecta tampoco lo convence completamente. Nunca será la mirada definitiva. Por lo tanto, me parece oportuno iniciar aclarando que existe un conflicto en el uso y abuso del concepto de “transnacional”, pues éste tiene que ver, generalmente, con dimensiones políticas y comerciales, y el esfuerzo por utilizarlo para designar un proceso literario, y en específico ensayístico, nos remite a algo que ha pasado antes de que se acuñara el término y por lo tanto suena ahora un poco a ajuste, a algo calzado de manera un tanto forzada. Entiendo, en todo caso, que a los acontecimientos actuales hay que denominarlos de cierta forma, y que se debe tratar de caracterizarlos a partir de sus propias peculiaridades. Ahora bien, eso no garantiza, lo sabemos de antemano, salvarnos del riesgo continuo de quedarnos con el concepto y reflexionar en torno suyo, dejando de lado todo el universo complejo (real o discursivo) al cual se supone debería remitirnos. Y lo peor de seguir por ese sendero es que, conforme avanzamos, nos vamos hundiendo más, adentrándonos sin guías ni pistas, en el laberinto de las palabras (lo “indecible” tendría que ser, para el caso del tipo de escritura que nos atañe, el punto de partida, no de llegada). La pretensión de relativizar en exceso a la realidad suele tener como consecuencia la coronación de esa relatividad como verdad suprema. ¿Será este fenómeno el trasfondo del abismo que separa a la academia del mundo exterior?

Exponía hace un momento la existencia de ciertas ambigüedades del concepto transnacional. Ahondaré más en este punto, pues no deseo quedarme en esa cómoda posición donde todo se resume en el rechazo automático a una sola acepción, concentrando en ella toda la negatividad de un fenómeno mucho más complejo y heterogéneo. Al contrario: considero fundamental reflexionar en torno a lo que está sucediendo ahora, y, por lo mismo, celebro la oportunidad de poder indagar en torno al ensayo y discurrir sobre sus posibilidades (y también, por qué no, sobre sus limitaciones).

Voy a ocuparme, entonces de lo transnacional y de lo que implica para el ámbito literario latinoamericano. De entrada señalo lo siguiente: reflexionar sobre literatura en términos transnacionales implica poner en juego un repertorio de perspectivas y de enfoques comparatistas², y colocar como antecedente el momento en que “el capitalismo impreso dio una nueva fijeza al lenguaje, lo que a largo plazo ayudó a forjar esa imagen de antigüedad tan fundamental para la idea subjetiva de nación” (Anderson 2000: 73).

² Los primeros estudios de literatura comparada datan de finales del siglo XIX, cuando, en palabras de Marius François Guyard, hay una toma de conciencia, en el ámbito literario europeo, del cosmopolitismo artístico. “Con el Romanticismo, por primera vez la afirmación de las originalidades nacionales coincide con la intensidad de las relaciones entre diversas literaturas” (Guyard 1957: 14).

Este proceso partía del momento de la internacionalización del espacio literario³ y era ya evidente al despuntar el siglo XIX, cuando tanto Marx como Goethe dieron cuenta de él desde distintas perspectivas. Ambos denunciaron que los límites de lo nacional en la literatura (perfilados, entre otros, por Herder y resumidos en la triada lengua, tradición e identidad) estaban colapsándose. Para Marx a causa de las formas de producción capitalista; para Goethe por el supuesto universalismo de lo literario⁴. En todo caso, se evidencia la confrontación entre dos perspectivas que tendrían honda repercusión en los estudios literarios (y en particular en la crítica latinoamericana): la concepción que podríamos denominar esencialista (sustentada y justificada en el desarrollo de la estética, y legitimada a través de la búsqueda de una autonomía artística), y la perspectiva culturalista (y sus múltiples manifestaciones y evoluciones: historicista, marxista, comparatista, materialista, etc.). Este dilema adquirió dimensiones muy particulares en el proceso de formación de las literaturas hispanoamericanas.

2. El problema pendiente: la historiografía literaria hispanoamericana

Aunque puede ser tomado como una descortesía, voy a arriesgarme y correré el riesgo: apelaré al recurso de la historiografía. La historia de la literatura latinoamericana sigue siendo, a pesar de los pesares, un problema pendiente⁵: territorio ignoto, lleno de paisajes sombríos, de zonas tupidas de vegetación y de largos páramos desolados. Eso en lo general. Si nos concentráramos en los aspectos específicos, aparecerían también infinidad de pendientes. No soy partidario de dividir tajantemente los estudios literarios por géneros: descreo de la existencia de casillas fijas. Sin embargo, pienso que es preciso esbozar una breve genealogía de este tipo de registro escritural en América Latina. El ensayo ha sido, desde su paulatina implantación en Hispanoamérica, no sólo un género, sino un discurso que cruza constantemente los límites geográficos y simbólicos de lo nacional (aunque buena parte de su reflexión tenga que ver, de una manera u otra, con el problema de las identidades particulares y de las nacionales). De ahí que con frecuencia me refiera a él como discurso ensayístico, como una forma reflexiva y creativa que va más allá de los límites de un género literario, de sus marcas temporales o de sus registros formales. Como expresión literaria, el ensayo implicaba, desde esos

³ Pascale Casanova, en su ensayo *La República mundial de las letras*, lo describe así: “El espacio literario internacional se creó en el siglo XVI al mismo tiempo que se inventaba la literatura en cuanto lucha que puede conllevar triunfos o derrotas, y no ha cesado de ampliarse y extenderse desde entonces. Referencias, reconocimientos y, por ello mismo, rivalidades, se instauraron en el momento que emergieron y se construyeron los Estados europeos” (Casanova 2001: 23).

⁴ En *El Manifiesto del Partido Comunista* (1848), Marx, junto a Engels, pronosticaba: “La estrechez y el exclusivismo nacionales resultan día a día más imposibles, de las numerosas literaturas nacionales y locales se forma una literatura universal” (1989: 27) y Goethe, veinte años antes, le había sentenciado a Eckermann: “Cada vez veo más claro que la poesía es patrimonio común de la humanidad y que en todos los lugares y en todos los tiempos se manifiesta en centenares y centenares de individuos. Unos lo hacen mejor que otros y se sostienen más tiempo nadando arriba; eso es todo” (Eckermann 1991: 120).

⁵ A mitad de la década del veinte, Pedro Henríquez Ureña, en su ensayo “Caminos de nuestra historia literaria”, se quejaba de esta situación: “La literatura de la América española tiene cuatro siglos de existencia y hasta ahora los dos únicos intentos de escribir su historia completa se han realizado en idiomas extranjeros...” (Henríquez Ureña 1960: 255).

momentos iniciales, la confrontación entre el sujeto que enuncia, como solía decirse en los ámbitos de la lingüística, es decir, el sujeto del ensayo y sus lecturas e interpretaciones. Era una suerte de contraste entre los avatares y carencias del medio (siempre precario, siempre incierto) y los anhelos de asimilación (o diferenciación) con lo mejor del mundo moderno.

Como indagación o exploración discursiva, el ensayo hispanoamericano nació literalmente cuestionando la formación de los Estados-nación. ¿Qué tipos de países se estaban construyendo y bajo qué conceptos? ¿Cuál era, o, mejor dicho, cuál debería ser la índole de estas novísimas naciones? Al respecto, el académico argentino Claudio Maíz señala que “el ensayo en Hispanoamérica durante el siglo XIX acompaña el proceso histórico de la conformación de las nacionalidades como la manifestación consciente del mismo”, pues: “intentaba dilucidar el carácter americano y asumir la función directriz en la fijación de rumbos” (2004: 116). Incluso podríamos dar marcha atrás al reloj y rastrear diversas manifestaciones del discurso ensayístico en los ámbitos coloniales y republicanos, en textos manufacturados en forma de cartas, de memorias y otros registros. En otros momentos he abordado ese proceso, no me extenderé más aquí; para los fines de este ensayo, dejo constancia solamente de la existencia de un amplio corpus de obras que aún esperan un acercamiento crítico y la incorporación a nuestro canon (todavía parcial y en espera de constantes y permanentes rectificaciones).

Se podrá objetar que estas indagaciones provenían desde la cúpula de la elite ilustrada; que ponderar, ahora, la defensa del ensayo no representa más que un impulso “residual” o incluso “neoconservador”, como han sostenido, en más de una ocasión, críticos como John Beverley (2011). Pero, miremos bien, ¿no se podría, en este momento, clasificar así a cualquiera reflexión articulada a través de la escritura, incluyendo por supuesto a la escritura virtual? Estoy consciente de las mediaciones y de los lugares de enunciación que han envuelto al ensayo en Latinoamérica. Escribo desde la contingencia. Mi “defensa”, sin embargo, no es por un género ni tampoco consiste en una lucha del “arte por el arte”, en el sentido abstracto y nebuloso de esa frase, sino una posibilidad crítica, y, por qué no, teórica. Una práctica. Pensar que el “ensayismo” es sólo una manifestación de la alta cultura, con tintes de “nostalgia colonial” y pretensiones de “distinción aristocrática”, es una tergiversación peligrosa, producto del desconocimiento de la historiografía literaria. Nada más ajeno a las formas literarias y culturales del coloniaje que el discurso ensayístico; y nada más contrario a las políticas autoritarias o a las homogenizaciones y valoraciones mercantiles que el ensayo.

3. Ensayo y nación en Hispanoamérica

Hablar ahora de lo transnacional, entonces, nos obliga a detenernos un poco en dos conceptos básicos: lo nacional y el mismo término de ensayo. No es este el momento, como recién sugerí, para extenderme más en definiciones ni en la elaboración de genealogías, ya lo he hecho también en otro lugar (Barrera Enderle 2013a; 2013b), sino de pensar esas dos palabras bajo la luz del momento actual. Me gustaría aclarar también que estoy hablando desde mi propia condición de ensayista, de escritor que trabaja con un género difuso, que suele escapársele en

cualquier momento. Señalo otro punto importante de partida: la indagación por la situación del ensayo siempre ha rondado mi escritura y se ha manifestado en preguntas tales como: ¿qué es y qué significa ahora? ¿Cuál es el sentido de recurrir a él en tiempos como éstos? También quisiera remarcar que escribo desde mi posición de lector y de profesor de literatura, pues soy de la opinión de que tanto la lectura como la enseñanza (si es que ello es posible) de ensayos en el ámbito universitario hispanoamericano representan un desafío a los modelos tradicionales de producción y reproducción de conocimiento, lo fueron en el pasado y lo son ahora, en la llamada crisis de las humanidades. Y este desafío parte no sólo dese la misma condición “exógena” del ensayo hispanoamericano en la maya curricular de las carreras de letras en las universidades latinoamericanas, sino del tratamiento y posterior exportación del género, como objeto de estudio, desde las universidades metropolitanas, donde se le aborda, generalmente, como parte de las implantaciones del discurso, tanto literario como intelectual, de Occidente, y no como un proceso mucho más dialéctico y crítico. El recelo con que algunos teóricos y académicos, tanto latinoamericanos como extranjeros, miran a este tipo de reflexión revela, más que otra cosa, el prejuicio ante la posibilidad de crear conocimiento de manera heterodoxa⁶. Y no estoy postulando una disociación entre ensayo y teoría: simplemente estoy denunciando ese juicio categórico que lo clausura de antemano, pretendiendo de nueva cuenta indicar el “camino adecuado”. Aquí surge otro asunto escabroso: el problema del intelectual. La asociación entre el ensayista y el intelectual me ha parecido siempre una suerte de reducción en ambos sentidos. Si bien ambos convergen en más de un aspecto, sus funciones han sido distintas. Ni todos los intelectuales han sido ensayistas ni todos los ensayistas han sido intelectuales. El paso de la reflexión a la acción, en el caso de estos últimos, ha significado, en la mayoría de las ocasiones, la transformación del propio intelectual: de crítico a político, o, en su defecto, a agente o gestor de empresas de otra índole. La crisis que esta figura padece en la actualidad (su denostación y denuncia como figura autoritaria; su sustitución por el nuevo protagonista de estos tiempos: el asesor de imagen) proviene, en mi lectura, del abandono de una postura crítica en favor de una agenda –pública o privada– estrechamente vinculada con reformas de índole económicas. Parte de esta metamorfosis surge de la sensación de que el espacio al cual solía asociarsele (o con el cual laboraba simbólicamente) ha dado también la impresión de haber desaparecido.

Todos hemos escuchado o leído sobre la crisis de la nación y de lo nacional; igualmente hemos sido informados acerca de las transformaciones de los géneros literarios. Incluso, más de una vez, se ha anunciado, con bombo y platillo, la defunción de uno o de ambos. Muchos han matado a la nación y otros han cuestionado la existencia o la pertinencia del ensayo. ¿Por qué? Trataré de indagar un poco en ello...

⁶ En su reflexión en torno al ensayo, Adorno ya advertía al mediar el siglo XX: “La actualidad del ensayo es la de lo anacrónico. El momento le es más desfavorable que nunca. Se ve triturado entre una ciencia organizada en la que todos pretenden controlar todo y a todos y que excluye con el hipócrita elogio de lo intuitivo o estimulante lo que no está cortado por el patrón del consenso...” (Adorno 2003: 33).

Si la nación se volvió un concepto sospechoso y problemático en la posmodernidad⁷, el ensayo también fue puesto bajo la lupa, pues su existencia presupone o antepone la presencia de un sujeto que lo escriba. Sujeto y nación: dos elementos que parecen provenir de otro tiempo, de otro continente, ahora en ruinas.

Sin embargo, y a pesar de los pesares, ambos permanecen, tal vez navegando al garette en la “escena pública”, pero siguen ahí. Negarlos, silenciarlos o tergiversarlos sólo confirma su permanencia y resalta sus funciones. Voy a ocuparme primero del ensayo. En el caso hispanoamericano, el ensayo se ha visto ahora envuelto en una serie de disputas. Muchas de ellas provenientes de los intereses del ámbito editorial, otras de las discusiones “provocadas” dentro de la controlada esfera de la crítica pública, y otras más surgidas del estrecho mundo académico. En una charla sobre la historia del ensayo, hablé de su desarrollo en Hispanoamérica, resaltando sus funciones, tanto literarias como políticas, en los diversos procesos de elaboración de las identidades nacionales. A partir de la segunda mitad del siglo XX, esto cambió drásticamente. El ensayo “dejó” de ser la vía principal de la discusión “ontológica”, para la indagación sobre la índole particular de cada nación o región; dejó de ser también el principal medio de expresión en las escuelas y universidades: lo sustituyeron gradualmente la monografía, la tesis o el *paper*⁸. Y por si fuera poco: perdió presencia en el mercado editorial ante la hegemonía de la narrativa, detonada por la demanda suscitada tras la aparición del *boom* novelístico. Las aspiraciones de la profesionalización –intelectual y literaria– y de la rentabilidad opacaron la diversidad formal y temática del ensayo⁹. Poco a poco se comenzó a sospechar de las interpretaciones de largo aliento, de esas búsquedas que cruzaban la historia, la geografía, la política y la literatura de los pueblos nativos. La misma figura del crítico (el sujeto que, por lo común, recurría al ensayo para expresarse) perdió su “aura” y su “cetro”; parte de la derrota, debo aclarar, se debió a la frecuente ambición de concentración del poder simbólico (por mínimo que en realidad fuera): esa tendencia a pontificar ante la menor provocación. Así que no estoy cayendo aquí en la lamentación nostálgica: describo un proceso y trato de entender sus posibles consecuencias. Reparar lo reparable y desechar, de una buena vez, lo inútil.

Eso por un lado, por el otro, por ese lado “conflictivo” que concierne a las transformaciones del concepto de nación, debo apuntar que, durante ese lapso de tiempo, América Latina apareció de pronto como un “objeto” diverso, híbrido, heterogéneo, transculturado (todos estos conceptos, por cierto, ponían en jaque a la

⁷ Grinor Rojo define, y su definición me sirve de punto de partida, a la nación moderna dentro del contexto occidental y añade que es “un conjunto más o menos grande de personas, las cuales, sin prejuicio de poseer ancestros variados, provenir de paisajes diversos y tolerar o darse formas de gobierno disímiles –esto último desde la monarquía acordada hasta la república electa–, han terminado por vivir juntas, estableciendo ciertas formas de comunicación entre ellas, arribando de esa manera a algunos acuerdos y comprometiendo al cabo su observancia en común para con una batería de preceptos legales o, en otras palabras, para con una batería de regulaciones abstractas, que son o que idealmente son las mismas para todos y todas” (Rojo 2006: 60).

⁸ Al respecto, el académico chileno José Santos Herceg explica: “El *paper*, en tanto que uno más de los géneros posibles de escritura, se ha ido instalando de un tiempo a esta parte como el modo privilegiado de escritura en el ámbito de las Ciencias Humanas”, y no sólo eso, las mismas universidades latinoamericanas “han llevado a cabo una sistemática campaña de este modo de escritura como el prioritario, el mejor evaluado, el más deseable, e incluso, en algunos casos, como el único aceptable” (Santos Herceg 2012: 202).

⁹ Sobre el tema, véase mi libro *Globalización y literatura* (2008).

idea moderna de nación, basada en una supuesta homogeneidad donde incluso entraban propuestas idealistas de mestizaje, como la de la raza cósmica de Vasconcelos¹⁰). Estos replanteamientos teóricos se dieron, en buena medida, desde el medio académico (y muchas veces desde el ámbito escolar norteamericano), o en foros cada vez más especializados. Ello no fue casualidad: a partir de la década del setenta, gobiernos militares o represivos comenzaron a restringir cualquier atisbo de discusión pública, incluida, por supuesto, aquella que tenía que ver con las funciones que la literatura y la cultura cumplían en la sociedad. El exilio de una buena parte de los intelectuales y escritores hispanoamericanos remarcó esa experiencia y contribuyó a reforzar los enfoques transdisciplinarios para dar cuenta, sin caer en esencialismos o determinismo radicales, de las particularidades de la región.

Al finalizar el siglo XX y con la llamada “vuelta a la democracia”, la discusión se instaló en otros ámbitos, y otros fueron los factores hegemónicos que determinaron y acapararon los otrora llamados asuntos públicos: la imposición, muchas veces violenta, del neoliberalismo, los medios masivos de comunicación, las “demandas urgentes” de la globalización, y los esfuerzos por no quedarse atrás en la alocada carrera en pos del desarrollo tecnológico.

Por otra parte, la reconfiguración del mapa literario se evidenció con mayor fuerza a partir de la década del noventa. El éxito comercial del *boom*, comenzado en los años sesenta, pero consolidado en la década siguiente, cuando Barcelona recuperó la hegemonía en el mercado de los libros, mantuvo el interés internacional por las letras latinoamericanas, pero a la vez “impuso” ciertas expectativas. Una de las consecuencias de este fenómeno sería que la inquisición sobre la identidad o sobre las peculiaridades de la región “pasaría” del ensayo a la ficción. Otra: que esas peculiaridades serían subsumidas por una variedad de manifestaciones apologéticas a la globalización. Resultaba más “atractivo”, para estas nuevas industrias, difundir (y descubrir o incluso inventar) los elementos supuestamente representativos o, en caso contrario, los acontecimientos que nos acercaban y nos asimilaban al resto del orbe, a través de relatos relativamente preformados (algunos de ellos manufacturados de acuerdo a pedido o a demanda), que vía la discursividad ensayística de largo aliento. Estaba claro que el énfasis se estaba poniendo en otros factores coyunturales.

4. Globalización, posnacionalismo y literatura

Y tal como recién mencioné, tanto el concepto de nación como las funciones del Estado en materia de cultura habían sido puestos en duda, y entraban en un proceso de reestructuración. Las dinámicas al interior de los diversos campos literarios comenzaron una serie de transformaciones. Nuevos agentes entraron, otros perdieron fuerza, algunos más se transformaron en algo distinto, incluso opuesto, a lo que habían sido. En varios países, el Estado siguió siendo uno de los principales

¹⁰ Terry Eagleton, al describir el proceso de consolidación del Estado-nación en la era moderna, señalaba que desde sus inicios ilustrados y románticos “el nacionalismo se prestaba fácilmente como una alternativa de *Gemeinschaft* [comunidad] que tomaba al sujeto humano autónomo y autodeterminado de Kant para reformularlo en términos de nación o grupo étnico” (Eagleton 2000: 53).

patrocinadores de la cultura, pero ahora cumplía esas funciones replicando principalmente los modelos de productividad y rentabilidad de las industrias culturales transnacionales, es decir, concentrando sus empeños en asuntos de publicidad e imagen, en la justificación de gastos exorbitantes y en la realización de eventos faraónicos.

El ensayo quedó “varado” entre las nuevas estrategias de producción editorial y las políticas culturales de corte neoliberal, que establecieron un sistema de becas y apoyos distribuidos casi sistemáticamente por géneros y por generaciones. Para usos locales, el sistema literario pasaba por clasificaciones burocráticas; para su difusión transnacional, las industrias editoriales configuraban un modelo peculiar de representación que definía, con base en criterios mercantiles, qué autores permanecían en el provinciano ámbito de lo nacional y quiénes pasaban a ser escritores latinoamericanos, dotados de una sobrecarga de representatividad, aun cuando por su temática o forma estuvieron alejados de los contenidos o expresiones comúnmente asociados con la literatura latinoamericana. Por supuesto: estos dos procesos se han venido entremezclando desde hace tiempo. Las nuevas formas de difusión y recepción de lo literario adquieren, en el ámbito hispanoamericano, la difusa fisionomía de lo posnacional: se mueven en redes globales (e intentan llenar el vacío que dejaron las “añejas” políticas culturales y alfabetizadoras de sus respectivos países), pero no exentas de clasificaciones y determinaciones hegemónicas. La literatura universal o mundial, denunciada por Marx y añorada por Goethe, no ha llegado, en su lugar tenemos literaturas nacionales puestas en el mercado de la globalización como productos del multiculturalismo y la diversidad. La pérdida de hegemonía de los Estados-nación en materia de cultura y difusión de estrategias de educación estética y artística no ha clausurado la conflictiva relación entre literatura y nación, al contrario: la ha redimensionado.

Pero no sólo eso: han creado con ello nuevas vías de “legitimación”. En un continente despoblado de lectores, los mecanismos de consolidación pasan por redes estrechas (a pesar de los discursos que todos hemos escuchado sobre los nuevos soportes tecnológicos y su infinita amplitud). El mercado editorial parece marcar la pauta, los programas de becas, publicaciones y demás estímulos estatales les siguen el paso de cerca. El proceso no es uniforme ni determinante, por supuesto. Hay excepciones, resistencias, reinenciones (el ascenso de las llamadas editoriales independientes es una buena señal, aunque aún es muy pronto para sacar conclusiones); en resumen, diría que existen manifestaciones que demuestran fehacientemente que la hegemonía no es completa.

5. El ensayo hispanoamericano y su permanente incertidumbre

Ahora bien, ¿cuáles serían las consecuencias de estos procesos para el ensayo? Difícil afirmar algo con certeza, como acabo de sugerir: estamos demasiado cerca del fenómeno (incluso, de una u otra manera formamos parte de él). Requerimos de un distanciamiento mayor y de un enfoque crítico más preciso. De cualquier manera, voy a esbozar algunos efectos que percibo y que tienen que ver, mayormente, con la imposición de una configuración del ensayo como un “género creativo particular” para diferenciarlo de cualquier otro texto de corte crítico o

reflexivo. Nunca he negado el estatus del ensayo como obra de creación; considero, de hecho, que la ficción es uno de sus componentes más destacados. Sin embargo, presentar esa peculiaridad como una novedad, como un síntoma de la “hibridez” actual no termina por convencerme. Ese empeño por querer determinar al género con criterios difusos y, con frecuencia, más cercanos a intereses de difusión o de promoción me parece, por lo demás, sumamente sospechoso.

Me explicaré y ampliaré un poco más este punto porque tengo la impresión de que estamos ante una confusión que suele rayar en el lugar común: ni la mayoría de las editoriales ni el grueso de los promotores y gestores culturales suelen tener alguna referencia concreta de lo que es el ensayo (ello a pesar de lo que pudiera pensarse en otras latitudes, sobre todo en espacios que ha producido discursos teóricos y que se sostienen en esa dinámica: la sustitución de una jerga específica por otra. Tal vez esto se deba al “prestigio” que en alguna ocasión tuvieron ciertos autores, o al papel necesariamente protagónico que desempeñaron otros en los periodos de configuración del Estado y de sus políticas culturales). Tienen la vaga idea de que no es narrativa ni lírica; piensan que puede ser una crítica, pero eso sí: desprovista de cualquier tipo de metodología o de cualquier cosa que huelga a academia. Básicamente, y no creo exagerar, esperan encontrar la biografía ilustrada de un lector especializado, o que actúa como un lector especializado: alguien que dialoga de un texto a otro, y mientras lo hace redacta la bitácora de su último viaje a Europa o se explaya en sus desventuras amorosas. En pocas palabras, piensan que el ensayo se define por la personalidad (por el oropel de la biografía) del ensayista, y esto no necesariamente es así: me parece más bien que el ensayo se concreta cuando el ensayista logra distanciarse de la inmediatez y se instala en una perspectiva mucho más amplia y compleja. Estoy lejos de proponer la persecución de un objetivismo por lo demás imposible; pero el relativismo extremo tampoco me atrae. La apología de la anécdota termina por aburrir y el miedo a caer en afirmaciones contundentes o en reflexiones críticas, deja al ensayo como un simple devaneo, la falsa biografía de un escritor frustrado.

¿Cuál sería el riesgo de catalogar, o, peor aún, de encasillar al discurso ensayístico sólo como una manifestación (una pretensión, sería más preciso decir), de los grupos ilustrados o intelectuales? El resultado consistiría en la reducción a una mera exaltación de los valores importados de la otrora llamada “alta cultura”: forma renovada de sustitución, con la intención de volver a hablar en nombre de los demás (aquellos a los que esta perspectiva les niega de facto la capacidad de hacerlo) y de imponer gusto y conductas. No. El asunto no va por ese camino...

La fusión de géneros, como la llaman algunos, o el cruce de los límites de la escritura, como lo denominan otros, éstas y otras descripciones en boga no dicen, en rigor, nada novedoso sobre el ensayo. ¿Hace falta decir aquí que uno de los ensayos emblemáticos de Hispanoamérica está planteado como la reunión ficcional entre un venerable maestro, al que llaman Próspero, para más señas, y sus alumnos, que representa el futuro de nuestras naciones? Tampoco creo necesario apelar a libros como *Retratos reales e imaginarios* (1920), de Alfonso Reyes o a ese despliegue de reflexión urbanística que es *Lima la horrible* (1964), de Sebastián Salazar Bondy.

Como apunté hace un momento: no es mi intención elaborar una preceptiva ni censurar ningún tipo particular de expresión escrita. Me preocupa más bien el

espacio que el discurso ensayístico ha perdido en las discusiones públicas (incluidas en esas disputas, las reflexiones sobre la literatura y la cultura y el lugar que ocupan ahora en nuestras sociedades) y la tendencia corriente a plantearlo como un fenómeno local, como parte del exotismo de la región, y, finalmente, como un producto exportable, que cumple los requisitos que demanda el lector metropolitano. ¿Cómo replantear estos problemas? ¿Cómo articular, desde estas condiciones descritas, un pensamiento coherente que pueda dar cuenta incluso de su propia circunstancia? Y en este punto, sí creo oportuna una reflexión sobre la condición transnacional del ensayo, pero también de su relación al interior, de su vínculo con las múltiples contingencias de lo local, en pocas palabras, de su condición transregional. Se precisa una reflexión que cruce todas estas instancias y establezca nuevos puntos de conexión. Es urgente también revitalizar el discurso crítico: articular el instrumental teórico surgido en la academia y en la esfera pública, y ponerlo a prueba constantemente. Polemizar lo que de verdad es digno de polemizarse y no quedarnos con los simples fuegos fatuos de la publicidad y el espectáculo. Dejar de lado, por un momento, el “ansia de reconocimiento” (esa obsesión por figurar, aunque sea de manera virtual, en una era en donde la apariencia –el aparecer, ¿o debo decir: el *aparentar*?– es la cualidad más solicitada).

Detrás de ese proceso, o mejor dicho: a lo largo del mismo, subyace el asunto de la legitimación de saberes. El ensayo hispanoamericano registra los territorios por donde circulan los conocimientos (propios, impuestos, adaptados, apropiados, y todas las variantes imaginables): es el mapa de una peculiar geografía política, lingüística y estética. Ahora bien, es en ese proceso de volver visibles esos lugares donde el concepto de lo nacional reaparece y, al hacerlo, vuelve a ser cuestionado. Lo transnacional no implica necesariamente la suplantación o la eliminación del concepto de nación, sino su replanteamiento, al menos en el ámbito latinoamericano.

Estas nuevas formas de revisión atañen de igual forma a la noción de identidad, o más específicamente a la de “identidad colectiva”. Si, como he señalado, la idea de nación se ha transformado, lo propio ha acontecido con el concepto de identidad. Lo transnacional supone, al menos desde el ámbito discursivo, el borrón o la tachadura de todas las marcas que lo acompañaban, entre ellas, por supuesto, la de identidad colectiva. ¿Será esto así? Es decir, si estamos hablando de la condición transnacional del ensayo, estamos mentando también que la relación de éste con el problema de la identidad también se ha transformado. Se ha modificado, sí, pero no ha dejado de inquirir sobre ella.

Tal como apunté cuando hablaba de la historia del ensayo en Latinoamérica: si este “género” nació cuestionado a la formación del Estado-nación, fue porque una de sus estrategias consistió, precisamente, en la permanente inquisición por la pertenencia o no a Occidente, es decir, por la identidad. Tal interrogatorio no ha cesado, y si en el pasado se buscaba una esencia (ese “genio” nacional del que hablaban los románticos), ahora se le explora como problema, como transformación constante que ya no sólo pasa por lo nacional, sino por la cultura, la región, el barrio, la ideología, la lengua, la jerga, el consumo, los deportes y un largo etcétera. Quedarnos con la llana eliminación de la identidad en aras de una globalidad que, en lugar de incorporarnos al mundo, eliminando barreras

geográficas y políticas, nos remarca nuestra exclusión, no es un proyecto muy viable. Y sería lamentable convertir nuestras formas de expresión y reflexión en simples apologías de este proceso. Es fundamental, eso sí, dar cuenta de la peculiaridad de esta época: entender que vivimos en un momento en que muchas de las herramientas del pasado ya no nos sirven, pero existen otras que sí. Sería ingenuo partir de la nada. El ensayo nunca nace de cero: su escritura es, de hecho, la negación de la idea del origen como esencia.

6. Tentativa de cierre... por ahora

Estoy llegando al punto con el que me gustaría cerrar (un cierre provisorio, desde luego). Consideré oportuno, al iniciar estas páginas, aprovechar la ocasión para repensar nuestra circunstancia, es decir, no sólo plantearme este asunto como un problema académico, sino como indagación y exploración formal. Para mí, como ensayista, como escritor que habita en un campo literario en constante estado de precariedad, la reflexión no se puede quedar sólo en el concepto, implica también pensar la práctica, observar la coyuntura y aventurar hipótesis. Trataré, pues, de llegar a una especie de conclusión sobre el momento actual. Será, por supuesto, mi perspectiva, y, como tal, estará circunscrita por mis propias limitaciones.

Parto desde lo obvio. Primero, resulta evidente que, al menos en Latinoamérica, tanto la literatura como los otrora llamados “estudios humanísticos” han padecido profundos cambios en los últimos años; lo propio ha acontecido con los espacios que solían contenerlos, como la nación y la universidad. Segundo, esto nos colocaría en la siguiente disyuntiva: o abandonarlos a su suerte e ingresar (y engrosar) las filas de los que gustosos celebran nuestro arribo a la era virtual y global; o tratar de replantearnos el problema y afrontar la situación actual como un reto, como una “invitación” para resignificar la práctica literaria (incluida ahí, por supuesto, la del ensayo) y las funciones de la universidad y las humanidades en este confuso presente.

Si optamos por la segunda vía, como de hecho lo hago yo, nos enfrentaremos a una serie de “obstáculos” de no poca importancia. Los enumero al vuelo: la constante falta de lectores, las “reformas educativas” que le exigen a la universidad pública elevadas tasas de rendimiento económico y su subordinación al mercado, las transformaciones en las tecnologías de las comunicaciones, la rentabilidad de la información, la hegemonía de las industrias culturales. Y la lista podría seguir. Con esta breve descripción del panorama reciente no pretendo caer en un estado de nostalgia por un pasado mejor, idealizado desde la “perturbación” del instante actual. Nada de eso: las dificultades han existido siempre¹¹. Una de las cualidades del ensayo ha sido la capacidad de sobrellevarlas y volverlas productivas.

Hoy no tendría por qué ser la excepción. Me interesa ese proceso y no la elaboración de recetas o fórmulas que pretendan garantizar el éxito o la solución definitiva, la cual, dicho sea de paso, no creo que exista. Resultaría inútil ponderar, desde el cenáculo de la elite letrada, supuestos valores universales de las artes o

¹¹ Grinor Rojo, al reflexionar sobre la situación actual de las carreras humanísticas, apunta: “La academia universitaria, aunque importante, es sólo uno de los contribuyentes al todo de la producción simbólica en el mundo moderno e incluso sería aventurado contarlos éntrelos mayores y más poderosos” (Rojo 2013: 133).

resaltar virtudes intrínsecas de la escritura literaria. El asunto es cómo trabajar a través de ellos (del arte, la literatura, los medios, etcétera): hablo de formas de apropiación y de reinención. Crear lectores, restablecer espacios críticos de discusión, aprovechar la condición de posibilidad que nos otorga la literatura, repensar nuestra realidad, democratizar el acceso a la cultura, descentralizar las políticas culturales.

He ahí los retos que cruzan la actual condición transnacional del ensayo hispanoamericano. De lo que podamos hacer, de nuestros talentos y limitaciones, dependerá el futuro del mismo. Continuemos, pues, ensayando al ensayo.

Referencias bibliográficas

- Adorno, Theodor W., “El ensayo como forma”, en *Notas sobre literatura*. Trad. de Alfredo Brotons Muñoz. Madrid: Akal, 2003.
- Anderson, Benedict. *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. Trad. de Eduardo Suárez. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2000.
- Barrera Enderle, Víctor. *Globalización y literatura*. La Habana: Casa de las Américas, 2008.
- La reinención de Ariel. Reflexiones neoarielistas sobre posmodernidad y humanismo crítico en América Latina*. Monterrey: Conarte/Conaculta, 2013a.
- Lectores insurgentes. La formación de la crítica literaria en Hispanoamérica (1810-1870)*. La Habana: Casa de las Américas, 2013b.
- Beverly, John. *Políticas de la teoría. Ensayos sobre subalternidad y hegemonía*. Selección y prólogo de Sergio Villalobos-Ruminott. Caracas: CELARG, 2011.
- Casanova, Pascale. *La República mundial de las letras*. Trad. de Jaime Zulaika. Barcelona: Editorial Anagrama, 2001.
- Eagleton, Terry, “El nacionalismo y el caso de Irlanda”, *The New Left Review*, n.º. 1 (2000), pp. 51-70.
- Eckermann, Johann Peter. *Conversaciones con Goethe*, en Johann W. von Goethe. *Obras completas*, vol. III. Madrid: Aguilar, 1991.
- Guyard, Marius-François. *La literatura comparad*. Trad. de Enrique Badosa. Barcelona: Vergara, 1957.
- Habermas, Jürgen. *Identidades nacionales y posnacionales*. Trad. de Manuel Jiménez. Madrid: Tecnos, 1989.
- Henríquez Ureña, Pedro. *Obra crítica*. Ed. de Emma Susana Speratti Piñero y pról. de Jorge Luis Borges. México-Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 1960.
- Maíz, Claudio. *El ensayo: entre género y discurso. Debate sobre el origen y funciones en Hispanoamérica*. Mendoza: Universidad Nacional de Cuyo, 2004.
- Marx, Karl y Friedrich Engels. *Manifiesto del Partido Comunista*. México: Grijalbo, 1989.
- Rojo, Grínor. *Globalización e identidades nacionales y postnacionales... ¿de qué estamos hablando?* Santiago de Chile: Lom Ediciones, 2006.
- “Estropicios académicos y tanteos críticos”, *Revista chilena de literatura*, n.º. 84 (2013), pp. 129-144.
- Santos Herceg, José, “Tiranía del *paper*. Imposición institucional de un tipo discursivo”, *Revista chilena de literatura*, n.º. 82 (2012), pp. 197-217.